

## ARRASTRADOS POR LA CORRIENTE

El Normandie, el barco más grande del mundo en su época, entraba lentamente en la bahía. Todos estaban muy entusiasmados en la isla, incluso siete muchachos que no habían hablado de otra cosa durante toda la mañana.

Era la primera visita del Normandie a Inglaterra, y todos lo querían ver. Millares de personas viajaban al puerto para ver el gigantesco navío.

-Todos van a ver el Normandie -hizo notar Ned.

-Todos menos nosotros -corrigió Felipe.

-¡Ojalá pudiéramos ir! ... -suspiró Pepe.

-¡Vayamos en una de las lanchas! -sugirió entusiasmado Haroldo.

-¿Pero cómo podremos conseguir los dos chelines cada uno? -Tito sabía que las lanchas cobraban dos chelines, y ellos no tenían ni de lejos esa suma.

Esa no era la única dificultad. Estaban seguros de que sus padres no los dejarían ir solos, y por otra parte, como ya eran crecitos, no les gustaba que sus padres estuviesen siempre tras ellos.

-¡Pero muchachos! ¡Yo sé qué! -anunció con entusiasmo Javier-. Todos tenemos bicicletas, ¿no es cierto? Pues bien, iremos en bicicleta hasta el puerto de Seaville y allí tomaremos una lancha pescadora. ¡Veremos el Normandie!

-¡Muy bien! ¡Convenido! -exclamaron todos.

-Sería bueno que lleváramos nuestros trajes de baño -insinuó Felipe.

-y también agua fresca -observó pensativo Ned.

-¿Qué más llevaremos?

-¿A qué hora nos encontraremos?

-¿Qué ropa vestiremos?

Estas y muchas otras preguntas por el estilo se hicieron hasta que más o menos todos se pusieron de acuerdo.

Las madres de los siete muchachos no advirtieron nada anormal en la conducta de ellos durante el almuerzo; pero, al terminar la comida, sus hijos se escurrieron y desaparecieron sin que nadie lo notara. Ese miércoles de tarde los siete ciclistas llegaron a Seaville y, tomando una jarra y una calabaza llenas de agua, se pusieron los trajes de baño, subieron a un bote de remos que había en la orilla y, soltando amarras, lo empujaron mar adentro.

Cada uno quería remar el primero, menos Haroldo que, por ser muy gordo, no podía hacer mucha fuerza y además era, por naturaleza, perezoso y holgazán. Se necesitó algún tiempo para decidir quién remaría primero, pero al fin partieron. ¡Qué lindo era remar! Y, ¡qué lindo sería ver el Normandiel

-Tiene más de tres cuadras de largo -informó Javier. -¡Sí, y es como una casa de nueve pisos que sobresaliera del mar! -intervino Daniel. -Cuando vean sus enormes chimeneas, se sentirán como hormigas -terció otro de los muchachos.

-Tiene treinta botes salvavidas -agregó Tito.

Podría haberse pensado, al escucharlos, que ya habían visto el Normandie.

Sin embargo, tenían que atender a los remos, y poco después siguió un largo silencio sin interrupciones.

-Debemos llegar pronto -dijo por fin Ned.

-¡Uf! -gruñó Felipe, que tenía uno de los remos- Este trabajo se hace pesado. -¡Sí, ya lo creo! -añadió Javier, que empuñaba el otro remo-. Apenas si puedo remar.

-Denme uno de los remos -sugirió Tito, mientras pensaba para sus adentros: "Quién sabe si la marea no está bajando". Y, "quién sabe si no estamos en medio de la corriente. Queda cerca de aquí".

Durante varios minutos Tito remó en silencio. Luego dijo:

-Muchachos, debemos llegar a la orilla.

-Cada vez se me hace más difícil remar -observó Jaime-. Tome otro los remos por un momento. Estoy cansado.

-No parece que avanzamos -afirmó tristemente Haroldo, el gordito.

-Más bien vamos hacia el océano -comentó Pepe.

-Ya está oscureciendo -dijo tembloroso Ned, después de una hora- Me gustaría estar en casa.

-¡Miren! -gritó Pepe-o ¡Allá hay un bote! ¡No! ¡Son dos!

-Rápido muchachos, una camisa -ordenó Tito. Prestamente ató la camisa a un remo y la agitó desesperadamente, pero en vano. Nadie dio señas de haberlos visto. Aunque los muchachos remaban con todas sus energías, eran llevados a la deriva, lejos del Normandíe, lejos de la costa inglesa, cada vez más adentro del Canal de la Mancha. Ya estaban fuera de la bahía. Pepe y Ned lloraban. Tito y Felipe, que estaban remando, trataron de animar a los demás y se pusieron a cantar. Entonces todos oraron pidiendo ayuda. Mientras Pepe tomaba agua, dejó caer la jarra y se perdió el precioso líquido. A los pocos minutos todos estaban sedientos. Tenían hambre también y estaban cansados. Pronto perdieron de vista la silueta del enorme Normandíe, que estaba anclado a catorce kilómetros de la orilla. Hacía mucho que no veían la costa. ¡El bote era llevado de aquí para allá! ¡Cómo soplaban el viento y bramaban las olas! Una enorme ola casi los dio vuelta, y otras golpeaban los costados y el fondo del bote.

Los muchachos achicaban el agua con la calabaza, pero de pronto ésta se rompió al pisarla Haroldo en un descuido. ¿Qué podrían hacer? Pronto se anegaría el bote, y todos se ahogarían...

-¡Muchachos, quítense los trajes de baño -ordenó Tito, tan valiente y sereno como un capitán-, empápenlos de agua y exprímanlos por sobre la borda.

Cada muchacho trabajó desesperadamente, empapando su ropa y exprimiéndola. Así consiguieron que no se llenase de agua el bote. Lentamente pasó la noche. Llegó el jueves, y los muchachos estaban hambrientos, sedientos, cansados, y asustados al pensar que su embarcación podría darse vuelta de un momento a otro. Pasó el día lentamente y sin ninguna esperanza.

El viernes halló a los muchachos más hambrientos, más sedientos, más cansados y más asustados que nunca. Aun Tito no podía hallar forma de animar a sus compañeros. Pero cuando el sol se ponía, su rostro se iluminó.

-¡Tierra! -murmuró casi con reverencia.

-¡Tierra! ¡Tierra! -gritaron todos. No les importó tener las manos ampolladas, ni el estómago dolorido, ni la boca reseca.

Remando con todas las fuerzas que les quedaban, al fin llegaron a la costa a eso de las once y media de la noche. Tito y Javier sacaron el bote del agua, lo dejaron en la arena de la playa y alcanzaron a los otros que penosamente iban hacia una casa cercana. Era cerca de la medianoche cuando recibieron alimento y un lugar para dormir. Los habitantes de la casa eran muy buenos, pero hablaban una lengua extraña. Los muchachos habían sido llevados a la deriva más de 65 kilómetros, hasta la costa de Francia, que nunca antes habían visto.

Al día siguiente los muchachos fueron llevados de vuelta a Inglaterra, y no en un botecito, sino en una nave del cuerpo de guardacostas, que fue enviada con ese propósito.

Cuando estuvieron a salvo en su casa y se aquietaron los ánimos, cada uno hizo la resolución de que siempre comunicaría sus planes a sus padres y les indicaría los lugares adonde quisiera ir.